



VERDADERA RELACION , QUE REFIERE LOS AGRAVIOS
y desagravios de la Reyna Sultana : dase cuenta , como fue senten-
ciada à muerte por un testimonio que la levantaron quatro Caballeros
Moros ; y como quatro Caballeros Cristianos la defendieron.

PRIMERA PARTE.

CAnten gloriosos elogios
con acordes consonancias
el triunfo mas excelente,
y la mas famosa hazaña,
los encuentros mas sangrientos,
que ha habido entre espada y lanza
y de un cauteloso agravio
la mas heroyca venganza.
La gracia y favor imploro
de la Trinidad sagrada,
para salir victorioso
de este empeño que me aguarda;
atencion , noble auditorio.
En el tiempo que en Granada
tremolaban los Alárabes
banderas mahometanas,
ântes que sus medias lunas
se mirasen eclipsadas,
entre las nobles familias
eran quien mas la ilustraban
los Alabezes , Gazules,
Zegries , Gomeles , Mazas,
Ayerques y Reduanes,
y aquella tan sublimada
familia de Abencerrages,
de la mas noble prosapia,
y que por su gran valor
tenian afianzada
de Audalâ Rey la Corona,

• pues su mucha confianza,
las que eran arduas empresas
solo à ellos las fiaba.
Al verlos favorecidos
tanto del Rey , se abrasaban
en envidia los Zegries,
y con cautelosa infamia
intentaron derribarles
del favor del Rey y gracia,
con una traicion aleve,
tiranamente inventada,
diciendo , que Albin Hamete
Abencerrage , trataba
torpemente con la Reyna,
hermesisima Sultana,
y además de aquesta ofensa,
injustamente intentaban
levantarse con el reyno,
dando al Rey muerte tirana.
Así al Rey lo propusieron,
que amortecido quedaba,
oyendo razones tales;
pues para mayor probanza,
que eran testigos de vista,
decian , y por ser clara,
verdad . lo defenderian
pùblicamente en campaña.
Quando en sí hubo ya vuelto,
decia el Rey con mil ansias:
que



que la Reyna me ha ofendido!
al fin muger , que eso basta.
Y encendido el pecho en furias,
dixo , ardiendo en viva rabia:
todos los Abencerrages
hoy han de morir ; y manda,
que los llamen uno à uno,
y con este ardid y traza
degolló hasta treinta y seis;
y con todos acabara,
si no fuera por un page,
que descubrió esta maraña,
y empezó : traicion , traicion.
Alborotóse Granada,
dividida toda en bandos,
y hechos todos à las armas,
procuraron su defensa:
y à una desdicha llegara,
si el muy valeroso Muza,
digno de toda alabanza,
gran Capitan General
de las tropas arregladas,
no sosegara el tumulto;
y sosegado , el Rey manda
llamar à todos sus Grandes,
y estando en la real sala,
fue tomando cada uno
el sitio que le tocaba.
Salió el Rey todo enlutado,
y de esta suerte les habla:
vasallos nobles y amigos,
bien sé que ignorais la causa
del sucedido fracaso,
oid pues sus circunstancias:
os hago saber à todos,
por cosa muy fixa y clara,
que son los Abencerrages,
à quien aplaude la fama,
traydores à mi corona,
pues soberbios intentaban
quitarme la vida y reyno,
con intencion depravada
Tambien sabreis que la Reyna
deshonestamente trata
con Albin Hamete amores,
y que hay dentro de la sala
quatro testigos de vista,
que lo juran y declaran.

R. B. 686

Se ha levantado diciendo
un Almoradí en voz alta:
atentos à tus razones,
Rey , estamos ; mas repara,
que estás mal aconsejado,
y esa es traicion declarada;
pues la Reyna es muy honesta,
y en ella no cabe mancha,
que esos Caballeros mienten,
y lo mantendré en campaña.
Respondió el discreto Muza:
solo la prudencia valga,
pues el ponerlo en cuestion
es dar crédito à la falsa
traydora proposicion,
y quedará amancillada
la candidez de la Reyna:
lo que importa es el llamarla,
y aquí en presencia de todos,
porque su defensa haga,
en acusacion se ponga.
Luego fueron à llamarla,
y con gran pompa y grandeza
salió muy acompañada
de sus damas y doncellas;
y entónçes Muza le habla
de esta suerte : Reyna hermosa,
sabrás como aquí en la sala
hay Caballeros que ponen
dolo en tu honor y tu fama,
y que con Albin Hamete
aseguran que quebrantas
hoy las leyes conyugales.
Siguiendo pues la sumaria,
este juicio se remite
al tribunal de las armas:
quatro son los que te acusan,
otros quatro por tí salgan
à defender lo contrario:
y si vence su arrogancia,
tu honor queda acrisolado;
mas si queda la campaña
por los quatro que te acusan,
se amancillará tu fama,
y por alcorañas leyes
tienes de morir quemada.
Treinta dias hay de plazo,
que es el término que basta,
se-

señora , para que elijas
Caballeros , que tu causa
como suya la defiendan.
que muchos hay que lo hagan;
y yo me ofrezco el primero.
Y ella sin turbarse en nada,
miraba à un lado y à otro,
como que se hallaba salva;
mas viendo à los circunstantes
lo mesurados que estaban,
tuvo por cierta evidencia
lo que discurrió era chanza.
Y dixo muy animosa,
con gallardía bizarra:
qualquier Caballero Moro,
que en mi honor ha puesto tacha,
miente villano y traydor,
de mala sangre y prosapia,
que nunca ofendí à mi esposo
con obra ni aun con palabra.
Y ahora aquí en mi presencia,
sin dilacion ni tardanza,
pónganme la acusacion
tan sin fundamento y falsa,
que yo confío en Alá
que me ha de sacar en palmas.
Y guardando ceremonias,
los traydores se levantan,
y ponen su acusacion
con todas las circunstancias.
La triste affligida Reyna,
así viéndose infamada,
anegada en tierno llanto,
se despoja de sus galas,
y en la torre de Comares
mandó el Rey que asegurada
la tuviesen , con resguardo
de quarenta hombres de guarda;
y con la órden expresa,
que no fuera visitada
de nadie , sino de Muza,
por ser de su confianza.
De sus damas se despide,
llevándose en su compañia
tan solo à la mas querida,
que era la hermosa Esperanza.
En tan amargo conflicto
à veces desesperada

la affigidísima Reyna
para morir desangrada,
herir queria sus venas,
po que no se les lograra
el ver su muerte afrentosa;
y animándola Esperanza,
le dixo : sabrás , señora,
que yo conozco en mi patria
un famoso Caballero,
que Don Juan Chacon se llama,
hombre de valor y empeño,
de sangre calificada,
y sé que si de él te vales,
libre ha de quedar tu fama.
La Reyna tomó el consejo,
y al punto escribió una carta,
diciendo : señor Don Juan,
à quien ensalza la fama,
gran Señor de Cartagena,
por estar bien informada
de tu virtud y piedad,
pues con tu brazo y espada
defiendes la agena honra,
y al desamparado amparas;
esto , señor , me ha obligado
à escribirte mi desgracia.
Yo Reyna Sultana triste
necesito que me valgas:
por un testimonio falso
soy de adúltera acusada,
y por Alá te aseguro,
que sin culpa estoy culpada.
Y si no doy Caballeros,
que me defiendan sus armas,
la sentencia de mi muerte
se ha de ver executada.
Quatro son los que me acusan
y otros quatro la ley manda,
han de ser quien me defiendan:
si por ser infiel reparas,
yo cieo en Dios Trino y Uno,
y en su Madre soberana,
y el santo bautismo pide
con mil deseos el alma.
La carta leyó D. n Juan,
y viendo de que cristiana
quiere volverse la Reyna,
se determinó à librarla
del



del riesgo en que los traydores
la tenían con infamia.

Y escribiendo la respuesta,
la cifró en estas palabras:
el postrer dia del plazo
estaremos en Granada
yo y otros tres Caballeros,
y en aquesto no habrá falta:
no digo mas. Talavera.
Buscó Don Juan sin tardanza
à tres nobles Caballeros
de mucho valor y fama,
Don Manuel Ponce Leon
fue el primero que buscaba,
Don Alonso de Aguilar
por segundo le nombraba,
y por tercero al Alcayde
de los Donceles señala.

Así que juntos los tuvo,
les manifestó la carta,
y se ofrecieron gustosos
para una empresa tan ardua.

No piden al Rey licencia,
porque no se les negara,
ântes por disimular,
fingieron iban à caza.

Todos la arábiga lengua
diestramente la cortaban:
iban fuertemente armados,
y sobre las finas armas
llevaban trage turquesco,
pues al intento ayudaba.

Ya puestos en el camino,
acelerando la marcha,
llegaron à darle vista
à la vega de Granada,
y metiéndose en el soto,
aquella noche descansan;
à proseguir su camino
salieron por la mañana,
y vieron venir un Moro,
aguardaron que llegara,
y hablándole en su language,
cortesés le saludaban;
no ménos bizarro el Moro
correspondió à sus palabras.
Luego al punto les pregunta,
quién eran ò qué buscaban?

F

ellos dieron por respuesta,
y sin inmutarse en nada:
somos Genizaros Turcos,
desembarcamos en Adra,
y hemos venido à estas vegas,
que nos han dicho que andan
ciertos Cristianos en ellas,
que hacen dañosas entradas,
y deseamos hallarlos,
para herirlos en batalla.

Dixo el Moro: por Alá,
que os digo la verdad clara,
que hallareis en cada uno
un Marte puesto en campaña:
vamos andando que yo
os contaré sus hazañas;
y tambien les refirió
quanto les sucede y pasa
en Granada con la Reyna,
y el conflicto en que se hallaba.

Dexémoslos aquí nablando
y vamos à que en la Alhambra
sacan à la tris e Reyna,
y a baxan en utad,
y todos los Caballeros
iban con sus negras bandas.

En la litera la entraron,
y de este modo la baxan:
aquí fueron los lamentos
por balcones y ventanas,
los llantos y gritería
que toda la plebe armaba.

De ver su affligida Reyna
lloraban todas las damas;
la Reyna luego al instante
que llegó à la Vivarrambla,
la subieron al tablado,
que para el intento estaba
todo de fúnebre luto,
y en tal estrado sentada
quedó la Reyna llorosa,
muy triste y desconsolada,
hechos sus ojos dos fuentes,
todas de penas cercada,
en donde la dexaremos,
y en otra segunda piana
à mi auditorio prometo
decir lo demás que falta.

N.